

El imperio de la técnica o el nombre de la época Sobre *Tecnoceno, de Flavia Costa*

Victor Lenarduzzi¹, Gabriela Samela²

1. Argentino, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

Correo electrónico: vlenarduzzi@gmail.com

2. Argentina, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

Correo electrónico: gsamela@gmail.com

Reseña de libro

En *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*, Flavia Costa condensa diferentes aspectos de su trayectoria como investigadora. Sus inquietudes están construidas alrededor de una compleja constelación que vincula la biopolítica y gubernamentalidad, la tecnología, la sensibilidad y las formas de vida, cruzadas por las redefiniciones de la relación entre cultura y naturaleza, entre muchas otras. Se puede advertir en su impronta un legado, rastreable en el estilo de investigación del linaje que incluye a Héctor Schmucler y Patricia Terrero, continuado por Christian Ferrer, Claudia Kozak, Pablo Rodríguez y otros colegas que han integrado los equipos que dictan Informática y Sociedad en la carrera de Comunicación de la Universidad Nacional de Buenos Aires, espacio del que Costa forma parte. Esto se hace visible en las articulaciones entre la filosofía, las señales que da el arte, la mirada histórica, los problemas socio-antropológicos y la crítica cultural.

Costa trama sus reflexiones construyendo un campo de problemas alrededor de la idea de Tecnoceno (inspirada, entre otros, en Herminio Martins y Peter Sloterdijk). Este concepto está en diálogo con los de Antropoceno y Capitaloceno, y en alguna medida no se trata de elegir uno de ellos sino de mantener activa una problematización. El concepto de Antropoceno fue propuesto por el químico Paul Crutzen

para dar cuenta de la forma en que la actividad humana ha dejado una marca, una “capa” en la tierra. Como señala Jussi Parikka, el término funciona como una especie de indicador del momento contemporáneo, desde los siglos XVIII y XIX, haciendo referencia a los enormes cambios que la existencia, las prácticas y la tecnologías humanas han provocado “a lo largo y a lo ancho del tablero ecológico” (2021, p. 47). Se trataría de una nueva era que ha sido capaz de producir fuertes alteraciones en la generación de residuos, la liberación de energía, la afectación de las especies, etc.

Flavia Costa elige Tecnoceno para especificar cierta dimensión del Antropoceno que enfatiza especialmente, ha sido el desarrollo y despliegue de la técnica una de las claves fundamentales para comprender este proceso. Y si bien la Revolución Industrial puede ser una marca de inicio, lo cierto es que son los últimos cincuenta años del siglo XX los que permitirían ubicar la cuestión (centralmente, los residuos radiactivos debidos a la actividad nuclear). No está ausente el término Capitaloceno (que utilizan autores como Moore, Svampa o Bourriaud), que trata de poner precisión sobre el modo de producción que ha dado lugar a la crisis ecológica y climática. Pero también “capitaloceno” puede conducir a cierto error de perspectiva, al menos si se asume que el socialismo quedaría fuera de las problemáticas que se tratan de abordar (y allí está Chernobyl -por mencionar solo un ejemplo, aunque contundente- para dar cuenta de que no es así). Podríamos sumar a estas ideas la de “Antropobsceno”, con la que Parikka ironiza respecto de las dimensiones que alcanzan las huellas de lo humano y sus consecuencias en el Sistema-Tierra. De todos modos, estos términos no se anulan entre sí, más bien se desafían y tienen zonas de intersección. Estos problemas implican repensar el corte naturaleza/cultura y eso implica otros diálogos de saberes, otros intercambios entre las ciencias naturales, sociales y las humanidades. Y tal vez así, asumir con mayor responsabilidad las limitaciones que han instalado algunos lugares comunes, como tratar todo como “una construcción discursiva” .

Ese despliegue de “lo técnico” (y sus consecuencias) -que está en el centro del concepto de Tecnoceno- se manifiesta en diferentes dimensiones: el incremento de la producción de información, la aceleración generalizada (técnica y biológica), las nuevas formas de vida, el agravamiento de la contaminación, la expansión del control, el shock de virtualización que produjo la pandemia. Se verifican diferentes “desbordes” -por así llamarlos- que se suman a tendencias con aspectos problemáticos como el crecimiento de la población, la consolidación de las desigualdades sociales y la masificación vinculada a la urbanización. Aquí se pueden tener presentes, por ejemplo, el llamado “séptimo continente” (los plásticos flotando en los mares), las tierras raras y los “minerales de sangre” (el coltán), la imperiosa necesidad de

frío (para las granjas de servidores que almacenan y procesan información). Y dentro del Tecnoceno no sólo hay que pensar en el extractivismo de minerales que ponen en riesgo a diferentes zonas del planeta, sino también en un extractivismo de datos orientado al modelado de las subjetividades y el gobierno de las poblaciones. Lo cierto es que ha sido la tecnología la que ha permitido la aceleración, el cambio de escala, la producción de energía, el uso de minerales, la optimización de los cuerpos... En ese sentido lo “tecno”, como elemento para la caracterización de la época, encuentra bases donde fundarse y argumentos para sostenerse. La autora no está pensando ni desde el determinismo técnico ni desde el relato ingenuo que ve a la técnica sólo como realizadora de la promesa del bienestar de la humanidad.

El libro elige, además, sostener el concepto de “biopolítica” antes que asumir reemplazos como los propuestos por Byung Chul-Han con “psicopolítica” o por Maurizio Lazzarato con “noopolítica”. ¿Cuáles son las razones de esta opción? ¿No darían cuenta estas “novedades conceptuales” de zonas no pensadas? Costa considera -con razón- que tanto el gobierno de la vida anímica de los sujetos como el ejercicio del biopoder sobre las poblaciones y los públicos a este respecto, no acaba de comenzar (algo de ese “algo comienza” puede advertirse en Han, por ejemplo, y su intención de completar a Foucault que, por decirlo de alguna forma, “no llega” a verlo). En realidad, este problema encuentra sus raíces en lo ya abordado por Foucault; en todo caso se trataría de escrutar sus formas más actuales, no de negar su existencia previa. En ese sentido, para la autora no hace falta, entonces, reemplazar biopolítica por otros términos. En todo caso, adjetiva el concepto para darle una mayor especificidad y singularidad al referirse a una “biopolítica informacional”. Es pertinente señalar que también el libro se inscribe en el linaje que retoma y trabaja el concepto de “sociedad de control” introducido por Deleuze para abordar las nuevas configuraciones que surgían en el contexto de declive de las sociedades disciplinarias –es justo decirlo, Foucault advertía la transición, pensaba en las “sociedades de seguridad”- que se manifiesta en una crisis generalizada de los encierros y de la interioridad. Y precisamente el control se vuelve posible sobre una base informacional.

Dentro de este horizonte, las reflexiones advierten dos aspectos cruzados para formular un diagnóstico sobre las tendencias de la Modernidad: por un lado, la biologización de la política; por otro, la vitalización de la técnica. Al momento de pensar el *gobierno de lo viviente* se trabaja, por ejemplo, en las configuraciones técnicas de los cuerpos, pero también la dirección y gobierno de los públicos, en los que la larga trayectoria de la comunicación a escala masiva necesita de una relectura en los términos contemporáneos que plantea la “era digital”. Y al momento de entender cómo opera la “gubernamenta-

lidad neoliberal” en el mundo contemporáneo es imprescindible comprender la “preparación cultural” (Mumford) para la tecnificación. Así, por ejemplo, –siguiendo a Virno- se observa cómo la industria cultural, a través del entretenimiento, se ocupó del entrenamiento de la fuerza de trabajo actual.

Como dijimos, la información adquiere un lugar de relevancia para pensar el biopoder en el mundo actual. La investigadora problematiza la noción de información –se refiere a la “episteme de la información”- y alude a por lo menos tres sentidos básicos del término: como contenido (la noticia, por ejemplo), como una medida matemática (útil para que unos signos pasen de un punto a otro) y como transmisión de instrucciones (en la biología). Más allá de sus matices, alrededor de “información” se anudan diferentes saberes y disciplinas y se intersectan conjuntos de prácticas que, en definitiva, implican una serie de formas de control y manipulación sobre diferentes aspectos de la realidad (sean los datos que se dejan en las redes de comunicación o la información genética).

Esta centralidad de la “información” en el mundo actual hace sentido en la manera de abordar una de las cuestiones interesantes que –a partir de Scott Lash (2005)- introduce el texto: la noción de “formas de vida *infotecnológicas*”. Es decir, a las “formas tecnológicas de vida” conceptualizadas por Lash se les suma un componente que enfatiza la importancia de la información en el mundo contemporáneo. En este sentido es en lo “info” sumado a lo “tecno” –y no sólo en lo tecno- donde puede ubicarse el punto de discontinuidad con las formas de vida modernas. La dimensión técnica ha estado presente a lo largo de la historia humana, lo diferencial es el desarrollo de las tecnologías de la información y los procesos de digitalización de lo existente (¿y lo por existir?). La “infotecnificación” atraviesa la vida, la tecnología “se hace carne” y esto se observa en la massmediatización de las relaciones sociales y afectivas, los mapeos de acciones y emociones o en los implantes, trasplantes e intervenciones sobre lo corpóreo.

El libro da cuenta de la situación y la experiencia que atravesó su elaboración y la reelaboración de algunas reflexiones, ya que la pandemia del coronavirus o COVID (SARS-CoV-2) le dio un encuadre particular a sus esfuerzos de conceptualización. La pandemia puso sobre la mesa una dimensión paradójica de la sociedad de control: aun bajo el imperio del control es posible lo *fuera de control*. En ese marco, es pertinente recuperar el concepto de “accidente normal” que Costa retoma de Charles Perrow (y lo hace para hablar específicamente de la pandemia). El accidente “normal” es “infrecuente pero inevitable”, se trata de procesos que se desatan y que –cuando lo hacen- no se pueden detener o controlar con facilidad: la zoonosis, el estallido nuclear, la contaminación o el apagón informático... Aquí se puede recuperar la centralidad que Paul Virilio le había dado al *accidente como constitutivo de la técnica* (no hay avión

siniestrado sin aviones, es decir, el avión trae consigo esa suerte de “lado b” que es el accidente aéreo, o el automóvil el accidente vial).

La idea de “accidente normal” puede encontrar un antecedente en la noción de “sociedad del riesgo” que Ulrich Beck desarrolló para caracterizar a la fase de la sociedad moderna -a partir de la segunda mitad del siglo XX-, en la cual los riesgos sociales, políticos, económicos e industriales tienden de manera creciente a escapar de las instituciones de control. Dado que las instituciones de la sociedad industrial se convierten en las productoras y legitimadoras de amenazas que no pueden controlar, la sociedad del riesgo superpone a los conflictos sobre la distribución de “bienes”, los conflictos sobre la distribución de “males”, es decir, la distribución de las responsabilidades en torno a los riesgos que acompañan necesariamente a la producción de bienes, entre otros, los causados por la megatecnología nuclear y química, la investigación genética o la supermilitarización. Lo impredecible y amenazante de la sociedad industrial se vuelve un elemento permanente.

Al mismo tiempo, este “retiro” de las instituciones clásicas de la sociedad industrial empuja, según Beck, a una progresiva emancipación compulsiva de los sujetos, que el autor entiende como fuente de reflexividad. Así, en la sociedad del riesgo se produciría una agudización de la tendencia moderna a la interrogación y la crítica, visible en el desarrollo de movimientos sociales y de una “subpolítica”. Lejos de esta idea de reflexividad, en cambio, el contexto en el que se produce el “accidente normal” de la pandemia, como Costa muestra a lo largo de su trabajo, es el de los “individuos somáticos”, orientados a la propia optimización como capital humano y la programación biológica, y el de la vigilancia (im) personal y el control permanente.

Ya en plena era del “acompañamiento algorítmico de la vida” (Sadin, 2018) la pandemia precipitó, además, una especie de “shock de virtualización” (resuena aquí la “doctrina del shock”) que en gran medida aceleró y profundizó tendencias que apuntan a la digitalización de la vida y lo existente. Pero además de ese shock, se ha producido una acentuación de la desigualdad social entendida en sus variadas dimensiones, algo que el libro se encarga de enfatizar y explicitar a menudo. Si atendemos a lo que está dejando la pandemia, el shock de virtualización, la datificación, etc. podríamos pensar -con Berardi (2022)- que dentro de un tiempo la época actual podría ser observada como una “experimentación temprana” con una forma de vida nueva.

En varias oportunidades se ilustra con datos muy relevantes el cambio de escala y las dimensiones de los procesos, de una forma que apuntala la lectura y contribuye a que captemos –aun a veces sin termi-

nar de entenderlo o poder pensarlo de manera cabal- la magnitud de procesos de gran alcance (cantidad de tweets, likes que recibe un posteo, personas que se conectan a una videoconferencia, inversiones financieras que se llevan a cabo, perfiles de aplicaciones de citas que se abren, para dar sólo algunos ejemplos) que ocurren a nivel global en lapsos muy breves -unos minutos o segundos. También resulta atractiva la forma en que las reflexiones recurren a experiencias artísticas (arte tecnológico, bio-arte, etc.) como lugar de exploración, reflexión y/o anticipación del presente y el futuro en torno a las biotecnologías que intervienen en el cuerpo, las formas de optimización estética, la inserción de prótesis o la “lectura y desciframiento” de lo genético. Sterlarc, Orlan, Nicola Costantino, Dewey-Haborg están entre los artistas analizados, sea para poner en cuestión la idea del cuerpo como algo obsoleto, problematizar la cuestión de la optimización del cuerpo o mostrar lo sesgado e impreciso que pueden ser los análisis genéticos o las técnicas de reconocimiento facial, sobre las cuales, sin embargo, la sociedad contemporánea parece depositar una expectativa de eficacia y verdad.

Costa se ubica más allá de las metáforas que abordan los medios y las tecnologías contemporáneas en términos de “ecología”, o tal vez lo correcto sería decir “más acá” (de hecho ni siquiera polemiza con ellas), ya que aborda cuestiones más básicas -quizá menos metafóricas- pero cruciales. Esto desborda la cuestión de cómo las tecnologías generan ambientes (que lo hacen) para concentrarse en lo que pasa en la relación entre técnica y ambiente (la distinción en este caso no señala exterioridad) ya que en las comunicaciones, relaciones, negocios, saberes, etc. del mundo actual, lo que está en juego es energía, minerales, condiciones infrahumanas de explotación, afectación de “lo viviente”... Es decir, también una ecología de los medios y la técnica tiene que vérselas con el cambio climático, la contaminación, los entornos arruinados... con ese hasta hace poco “telón de fondo” de la historia (la autora utiliza esta expresión). Si se quiere, si observamos el problema de los medios y lo mediático, la autora se aproxima mucho más a la idea de un “tiempo profundo” (Zielinski, 2011) atento a dimensiones de la cultura digital que muchas veces no son puestas en primer plano (la contaminación, la destrucción, etc.). Es destacable cómo el libro se corre del tradicional relato “épico” sobre internet, idealizado como tierra de promesas y posibilidades que en algún momento habría “traicionado” su destino y en lugar de traernos acceso, democracia y participación nos puso bajo control y vigilancia.

Si, por un lado, el cuerpo es algo obsoleto, lo maquínico, por otro, es puesto en no pocos discursos actuales en el lugar ideal, a partir de una especie de trascendentalismo tecnológico. La manera de mirar la relación hombre-máquina, con la segunda permitiendo trascender la contingencia del cuerpo y

lo humano, incluso una suerte de “vida eterna”, permea diversos discursos e iniciativas actuales, pero encuentra antecedentes de diverso tipo (curiosamente, algunos pueden hallarse en el cosmismo de raíz cristiana en Rusia y es notoria su permanencia en el imaginario revolucionario soviético). Un ideal que permite retomar el concepto de cultura afirmativa, con el que Marcuse (1978) se refería críticamente a la cultura de la era burguesa. Esta hipótesis (nuestra, no de la autora) hace sentido con los planteos de un “mundo ideal”, “valioso”, “accesible para todos”, al que se puede acceder sin modificar la situación fáctica y que, a la vez, trasciende los pesares de la cotidianidad. Muchas de esas promesas parecen reactualizarse en la “cultura digital”. Las expectativas puestas alrededor de la inteligencia artificial, y particularmente en una inteligencia artificial “general”, superinteligente, superior al intelecto humano -el empresario e inventor Kurzweil es un referente-, parecen poner en el centro un ideal de trascendencia a través de la técnica y de realización de una especie de inmortalidad en/con la máquina que pueda dejar atrás la precariedad y lo contingente.

Aunque el libro no está formulado en esa clave, no sería raro encontrar a quienes apelen al etiquetado fácil para decir que es “apocalíptico” o “catastrofista”. Suele ocurrir con frecuencia que se proceda así con quienes señalan la gravedad, importancia y/o urgencia de algunos problemas (como una catástrofe -por ejemplo- caracterizó Benjamin al progreso en sus “Tesis”). Ante una acusación de ese tipo responden con claridad las consideraciones políticas que la autora hace respecto de formas específicas de “tomar las riendas” del desarrollo tecnológico atendiendo a otros rumbos posibles en lugar de asumir lo dado como destino inexorable.

Referencias Bibliográficas

- Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U., Giddens, A. y Lash, S. (1997). *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza.
- Berardi, F. (2022). *El tercer inconsciente. La psicoesfera en la época viral*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Bourriaud, N. (2020). *Inclusiones. Estética del capitaloceno*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

-
- Costa, F. (2021). *Tecnoceno. Algoritmos, biohackers y nuevas formas de vida*. Buenos Aires: Taurus.
 - Lash, S. (2005). *Crítica de la información*. Buenos Aires: Amorrortu.
 - Marcuse, H. (1978). *Cultura y sociedad*. Buenos Aires: Sur.
 - Parikka, J. (2021). *Una geología de los medios*. Buenos Aires: Caja Negra.
 - Sadin, E. (2018). *La silicolonización del mundo. La irresistible expansión del liberalismo digital*. Buenos Aires: Caja Negra.
 - Sosa Escudero, W. (2019). *Big data. Breve manual para conocer la ciencia de datos que ya invadió nuestras vidas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
 - Virilio, P. (2009). *El accidente original*. Buenos Aires: Amorrortu.
 - Zielinski, S. (2011). *Arqueología de los medios*. Bogotá: Uniandes.